

## EL DIA EN EL COLEGIO

### LA MISA

Habéis entrado en el colegio; en el umbral os ha recibido la mano del sacerdote; estáis en la posesión de la Iglesia y bajo su protección. Una paternidad y una maternidad de orden superior van a reemplazar casi enteramente a las otras durante casi todo el día.

¿A dónde os conducen primero? ¿Al estudio? No: subid más arriba. ¿A la clase? No: subid más aún. Sois niños de la escuela de Dios, y hay en ella un lugar en que reside Dios; id a él: os abre sus brazos: *Venite ad me, omnes. Si quis est parvulus, veniat ad me.*

Entrad: se abre la capilla. Entrad con recogimiento, porque es «la tienda en que se digna Dios habitar con los hombres.» Tomad agua bendita; purificáos, porque «¿quién sino el que es inocente y puro de corazón logrará ascender a la montaña del Señor?» Haced el signo de la cruz, cuyo misterio va a renovarse en seguida en vuestra presencia. Esa condecoración de Cristo, esa cruz de honor trazada sobre vosotros, es algo así como la consigna necesaria para presentaros en la corte del Rey crucificado. Y después avanzad, aproximáos al altar. Es el altar en que va a ofrecerse el sacrificio infinito, es la cumbre de donde brota para todo el día del cristiano un manantial de gracia y de vida que lo fecunda, lo alegra y lo santifica.

### I

La santa misa, es pues, el primero de nuestros ejercicios escolares, porque el primero de nuestros maestros es Jesucristo; y su gran clase, su lección divina, el santo sacrificio. El nos muestra la línea que separa la escuela de Dios de la escuela sin Dios. Me cuentan que hay

colegios que se llaman cristianos en los que no se celebra la misa diariamente, sino sólo los jueves y domingos. En esos establecimientos falta algo; se resienten de la ausencia de Dios; todos sus días de trabajo son días sombríos, cuyo sol no aparece nunca, y cuyo cielo, cubierto y gris, los envuelve en fría niebla que marchita esas plantas vivaces y ávidas que se llaman almas.

Gracias a Dios, no nos encontramos, hijos míos, en el mismo caso: hemos tomado al pie de la letra aquellas palabras del Señor: «Héme aquí que estoy con vosotros todos los días,» queriendo que todos los días vierta sobre nosotros claridades y gracias su presencia. Hemos querido que todos los días, a primera hora, se reúnan una vez todos nuestros niños, desde la clase inferior a la superior, y que esta reunión general, la única del día, tenga lugar a los pies del Padre común, presente en su altar. Felices los que, llamados a esa media hora de gracia, a esa media hora de gloria, han comprendido el honor que se les hace, aprendiendo en la misa las obligaciones de todo el día.

¿Qué decir, hijos míos, de los que por una causa liviana se dispensan o se hacen dispensar del cumplimiento del deber de oír misa, alegando lo frío de la estación, lo temprano de la hora, la fatiga, la distancia del colegio, etc.? Quiero admitir que sean a veces fundadas las excusas, pero os confieso que en general quedo muy poco edificado. Que desciende del cielo por ellos Nuestro Señor Jesucristo, y desciende hasta el altar para darles audiencia, para ofrecer su sangre por ellos, y ¡ellos no vienen!

Me decís que es largo el camino, que es sombrío el día, que está el tiempo lluvioso... No pensaban lo mismo de las grandes marchas ni de las grandes fatigas vuestros padres, aquellos valientes cristianos del tiempo del terror, que, para oír una misa de los sacerdotes



proscriptos, se reunían en la noche, en las granjas, en las cuevas, arriesgando su vida. No procedían así los bravos marineros de vuestras costas, que, para oír una misa dicha por sus legítimos sacerdotes, se hacían a la mar, reuniéndose en un sitio lejano de la costa en un barco que en aquella época sangrienta les servía de iglesia, temiendo menos el furor de las olas y de las tempestades, que la desgracia de verse privados de la presencia de Dios. . . . No eran como vosotros aquellos neófitos de las misiones que caminaban cuarenta o cincuenta leguas por ríos y desiertos con el solo objeto de oír misa. Nuestros hombres, los hombres del día, vedlos, se levantan muy temprano para contemplar la salida del sol desde la cumbre de los Alpes; y Vos, Jesús mío, Vos la verdadera luz, Vos que ilumináis a todos los hombres que vienen al mundo, Vos os levantáis también todos los días para el mundo de las almas, y no se acuerdan de ello los hombres, y no quieren venir a Vos.

¿Sabéis, hijos míos, que es la misa? Voy a deciroslo en la forma en que puede hacerlo la lengua humana; después os enseñaré cómo debéis oírla, y esto será objeto de otra instrucción.

¿Qué es la misa, es decir, la oblación de un Dios hecho hombre, de un Dios que se da a los hombres, inmolándose a sí mismo? En verdad, que sería preciso ser el mismo Dios para dar cuenta exacta de todo esto. Pero, al menos, hijos míos, consideremos esta mañana lo que yo llamo historia de la misa, su idea cristiana, su precio y sus beneficios, tratando así de entrever cuál es su acción.

La historia de la misa, primero; ved en ella cómo prepara Dios sucesivamente este sacrificio, cómo lo consume después, y cómo, en fin, lo perpetúa; ved todo

lo pasado, todo lo presente y todo lo porvenir llenos de esa historia de la misa que es la historia del mundo.

Ved cómo inmola Abel sus corderos al Señor; ved cómo inmola Abraham a su hijo en la cumbre de la montaña; ved a Melchisedech que ofrece al Altísimo pan y vino; ved al sacerdote de Israel inmolando en el templo el cordero sin mancha: todo esto no es más que figura, preludio de un sacrificio más augusto; este sacrificio es el nuestro.

Escuchad cómo habla Dios por boca de uno de los antiguos profetas. Son palabras que dirigió Malaquías al pueblo de Israel: «No está mi voluntad con vosotros, dice el Señor de los ejércitos, ni recibiré ofrenda alguna de vuestra mano. Porque desde donde nace el sol hasta donde se pone, grande es mi nombre entre las gentes; y en todo lugar se sacrifica y ofrece a mi nombre ofrenda pura, porque grande es mi nombre entre las gentes, dice el Señor de los ejércitos.» ¿Qué aparición acaba de dibujarse ante los ojos de ese profeta? La aparición grandiosa, universal, del más augusto sacrificio: ese sacrificio es el nuestro.

Mirad de nuevo, y veréis en segundo lugar cómo consume Dios el sacrificio. Trasladáos al Calvario. Por santuario una montaña, por altar una cruz, por templo la inmensidad, por asistentes los ángeles del cielo, por ministros la Madre del dolor al lado de san Juan, por testigos los justos de la antigüedad que salen de sus sepulcros, y la naturaleza trastornada, y las rocas que se hacen pedazos, y el sol que oculta su brillo como una lámpara fúnebre, y el firmamento que se oscurece dejando el templo en la sombra y el misterio; y en medio de esta solemne y terrible grandeza un Dios suspendido entre el cielo y la tierra, un Dios por víctima, un Dios por sacerdote, sacrificándose a sí mismo, y sacrificán-



dose por vosotros: tal es la consumación del augusto sacrificio: *consummatum est*. Este sacrificio es el nuestro.

Ved ahora cómo se continúa el sacrificio: es el sacrificio del altar. La víspera del día de su pasión toma Jesús en sus santas y venerables manos el pan y el vino; los consagra, es decir, lo transforma en su cuerpo y en su sangre, separadamente uno de otro, como estarán separados al día siguiente su cuerpo y su sangre inmolados en el Calvario. Volviéndose entonces a los que hizo sus apóstoles, y que desde aquel momento quedan investidos de un nuevo sacerdocio, les dice que después de El continúen su sacrificio: «Haced esto en memoria de mí. Todas las veces que hagáis estas cosas, os acordaréis de lo que acabo de hacer, y lo renovaréis vosotros.»

Y en efecto, hijos míos. Se hará como El dijo. De la iglesia del Cenáculo pasará ese sacrificio a la iglesia de las catacumbas, luego a la del desierto, más tarde a la de las basílicas, a la de las catedrales. Del mundo antiguo pasará un día al nuevo mundo. Los continentes y las islas verán cómo por todas partes se levanta el altar católico, en que pronuncia un sacerdote sobre el pan y el vino las palabras que operarán la consagración. Ved cómo se continúa el divino sacrificio: ese sacrificio es el nuestro.

En fin; si queréis saber cómo se perpetúa, cómo se eterniza, mirad: sobre san Juan que nos transmite la revelación, se han abierto los cielos. ¿Qué ha visto? Un sacrificio como el nuestro, una liturgia como la nuestra, una víctima como nuestra víctima; El Cordero redentor y glorioso como aquí, un altar como el nuestro, convertido en trono, y como el nuestro rodeado de sacerdotes; cánticos de acción de gracias, coronas e incienso como en nuestra misa. Es la gran misa del cielo, la misa triunfal de Jesús y de los santos que, como ha

llenado los tiempos, llenará los infinitos siglos de la eternidad. Esta es, hijos míos, la historia de la misa.

## II

Y ahora, después del hecho, sabed cuál es la idea, la doctrina de la misa o su teología. Una idea, una doctrina que nos enseña que el hombre es un ser caído y caído por su crimen, y que, en consecuencia, tiene necesidad de expiación; necesidad de expiación por su falta del primer día, necesidad de expiación por sus faltas diarias, y que, siempre culpable, es siempre digno de castigo, a menos que no le libre de él la redención. Ved la primera verdad atestiguada por la humanidad entera. Y ahora, escuchad la segunda: el hombre es por sí mismo impotente para la expiación y para la redención, porque no es nada, porque no tiene nada y porque no vale nada a los ojos de Dios, con el cual su deuda es incommensurable. Es deuda, no sólo de expiación sino también de adoración, de acción de gracias y de continua súplica; y, por mucho que busque en su fondo de nada y de pecado, no encontrará con qué pagarla. ¿Quién lo hará por él?

Todos los siglos y todos los lugares se lo han preguntado uno después de otro; y uno después de otro se han dado a sí mismos la siguiente respuesta: Ofrecamos sacrificios a Dios; tomemos de la creación, de la misma humanidad lo que sea mejor: la juventud, la belleza, la pureza, la virginidad, la inocencia, y ofrezcamos su vida, al mismo autor de la vida. De ahí esos sacrificios cuya historia podéis leer. Jerusalén sacrificó, Atenas sacrificó, Roma sacrificó; por todo el universo se ven altares, todavía en pie o en ruinas. Pero en vano amontonaron hecatombes sobre hecatombes, montañas de víctimas sobre montañas de víctimas; entre el cielo y la tierra, entre el hombre y su Creador, quedaba siem-



pre un abismo inconmensurable, el abismo de lo infinito; y para llenar lo infinito era preciso lo infinito mismo.

Pues bien, hijos míos, se obtuvo lo infinito. Un día se interpuso alguien entre Dios y el hombre pronunciando las siguientes palabras que nos ha transmitido el Apóstol: «Señor, no te agradaron holocaustos por el pecado; mas me apropiaste cuerpo: héme aquí que vengo: de él me serviré para hacer tu voluntad.» ¡Y ese mediador, ese alguien era Dios! Revestido después de ese cuerpo, despreciando la confusión, dice el Apóstol, y feliz porque se sentía capaz de sufrir, se hizo crucificar: *Sustinuit crucem, confusione contempta*. Y en la cruz, El, infinito, llenando lo infinito, colmó el abismo que existía entre la tierra y el cielo. Y nosotros, lejos hasta entonces, estuvimos desde aquel momento cerca de Dios. *Qui longe eratis, nunc autem prope in sanguine Christi*.

Y como se ofreció por nosotros el Cristo, como sufrió por nosotros, como pagó nuestra deuda magnífica, real y divinamente, tuvimos por El para en adelante una expiación infinita, una adoración infinita, una acción de gracias infinita, una oración de fuerza infinita. Un Dios implorando a un Dios, dando gracias a un Dios, adorando a un Dios, satisfaciendo a un Dios: pagada estaba nuestra deuda, llegaba la tierra al cielo.

Acabo de explicaros el sacrificio de la cruz. Después de este sacrificio ¿para qué el de la misa? ¿Qué necesidad hay de él? ¿Qué puede añadir en mérito y en valor al de la cruz? Nada, absolutamente nada: nada puede añadirse a lo infinito. Pero si para todos es imposible añadir algo a lo infinito, no lo es para Dios, que lo multiplica como voy a mostrarlo en seguida, que lo universaliza y lo perpetúa, y ved de qué manera. Cual estuvo Jesús un día en la cruz del Calvario, tal estará cada vez que descienda al altar, tal estará ante su Padre para aplacarle, para adorarle, para rogarle,

para darle gracias; tal estará al servicio de los hombres para redimirlos, instruirlos y perdonarlos. Separad sin embargo, del altar en que se celebra la misa toda idea de sufrimiento, toda imagen sangrienta. No penséis en una carne palpitante y magullada, sino en una carne transfigurada y gloriosa. No es la violenta efusión de sangre divina, sino el ofrecimiento pacífico y místico; no es la cruz, es el altar; no es la pasión, es la misa. Pero si no es Jesús sufriendo es siempre Jesús ofrecido, Jesús ofreciendo, adorando, rogando y expiando por nosotros; y ennoblecida, purificada, engalanada, iba a decir, vestida de púrpura con la púrpura real de su sangre, puede ya la tierra enviar por El al cielo un homenaje digno de Dios.

Tal es, hijos míos, la misa, tal es su doctrina: renovación perpetua del sacrificio de la cruz, que aun cuando no fuera más que una simple representación, un simple recuerdo del mismo, debería bastar para manteneros atentos, trémulos, enternecidos. Muestre un amigo vuestro, y muere por vosotros, se hace matar por vosotros, y por el sacrificio que hace de su vida, salva la vuestra. Además, os hace de repente ricos y poderosos, y os cubre de gloria. En el momento de su inmolación no estabais a su lado, no le visteis morir. Pero os traen una fiel representación de su sacrificio, una de esas representaciones que ponen las cosas en los ojos. Miradle, es él, vuestro amigo, vuestro salvador, vuestro hermano; es la reproducción de una muerte que debió ser la vuestra y que sufrió él por vosotros. Le reconocéis, lloráis, fijos los ojos en ese cuadro que despierta en vosotros tantos recuerdos.....

Pero.... ¿qué digo? No es la misa del altar un recuerdo, no es una imagen, no es una simple representación. Es la realidad, la persona misma, la persona viviente que vuelve a colocarse ante vosotros, y que os



díce: «¡Soy yo! Mira cuánto te he amado; recibe todo lo que ganado para ti.» Y si a pesar de todo esto os deja fríos, distraídos y hasta disipados el sacrificio; en verdad, no sabré ya qué pensar de vuestro corazón, de vuestra religiosidad, porque no tenéis ni la excusa de la ignorancia que alegara Jesús en la cruz en favor de los blasfemos y de los indiferentes: «Perdónalos, Padre mío, que no saben lo que hacen.»

Por esta doctrina, hijos míos, habréis podido comprender la grandeza de ese acto tan común, no obstante, que se llama misa. Refiriéndose a ella, dijo el profeta, que llenaría todos los lugares y todos los tiempos: *in omni loco, ab ortu solis usque ad occasum*. Al pie de la letra se ha cumplido la profecía; y en su rotación, la tierra, que lleva a cada instante una nueva aurora a cada uno de los puntos del globo, lleva también un nuevo y no interrumpido sacrificio de Jesucristo, que se levanta así, perpetua y universalmente, como un sol sin ocaso, para iluminar al mundo. Es el sacrificio sin fin, *juge sacrificium*, del que no nos mostró sino la figura la ley antigua. Sí, dijo la verdad el profeta: «El nombre del Señor es grande entre las naciones»; y en ese signo de unidad, de universalidad, de perpetuidad de la obra, es fácil reconocer al obrero; es la signatura de Aquél que es el Inmenso y el Eterno, es el sello de Dios.

### III

¿Cuál es el precio y cuáles los beneficios del sacrificio de la misa? ¿Qué bienes proporciona a las tres iglesias de la tierra, del purgatorio y del cielo? Para conocerlos, pensemos de nuevo en el Calvario, y veamos los tres manantiales de gracia que parten del pie del altar, como del pie de la cruz.

En lo que a la tierra toca, termina el sacrificio de la cruz, y ya los paganos, como el centurión, se dan

golpes de pecho, y los incrédulos, como Tomás, adoran a su Señor y Dios, y los pecadores, como Pedro, son perdonados, la paz es otorgada al mundo entero, y la Iglesia se constituye, y con los sacramentos se abre un manantial de reconciliación. De esta manera abre la misa todos los días la fuente de todas las gracias para la Iglesia militante, gracias de luz, gracias de fuerza, gracias de perdón, gracias de paz. ¿Y quién es el que no tiene de ella necesidad, y gran necesidad, todos los días? ¿Quién no encuentra en ella lo que desea, lo que busca? Es la hora de la divina audiencia para la que asciende Jesús a su trono de misericordia: *Qui sitit, veniat ad me*, ¡el que tiene sed que venga a mí! Y yo, hijos míos, me represento a Jesús al principio de cada día, recogiendo en la misa, reuniendo en ella todas las necesidades, todos los trabajos, todas las miserias, todas las lágrimas de una parroquia, de una iglesia, de un colegio, depositándolas sobre su altar, y uniendo todos estos sacrificios a su sacrificio divino, con el cual, penetrando en los cielos, llegan hasta el mismo trono de Dios.

¿Y la Iglesia del purgatorio? La Iglesia nos dice que, después del sacrificio de la cruz, descendió el Redentor al limbo, a visitar y a consolar a los justos que, bien pronto, había de llevar consigo al paraíso. Así, el mismo Jesús, en el sacrificio de la misa, asiste, consuela y liberta a las almas que sufren en el otro mundo. Uno de vuestros más estimados poemas, la Odisea ha representado las tristes sombras del Aquerón, acudiendo para apagar su sed, a la sangre de un sacrificio de expiación ofrecido por Ulises a los dioses infernales. ¿No os parece ver de modo semejante las almas de vuestros padres, de vuestras madres, de vuestros hermanos y de vuestras hermanas, agrupándose en torno del altar, donde se ofrece la sangre redentora, de la cual una sola gota puede ser para ellos la entrada en la patria eterna?



¿Y la Iglesia triunfante? Encuentra un nuevo triunfo en los honores que la misa proporciona a los bienaventurados cuya fiesta se celebra en ella cada día. María, los ángeles y los santos se inclinan hacia el altar desde el cual sus nombres se elevan a continuación del de Jesús. Están allí presentes, como lo estaban con san Juan y las santas mujeres en el sacrificio de la cruz. Como en el Calvario, allí está Dios Padre que perdona, y perdona sin cesar, ante la súplica del Hijo bien amado, que, en razón del respeto debido a su majestad, no puede dejar de ser escuchado y atendido, como lo explica san Pablo: *Exauditus est pro sua reverentia*. ¡Ah, hijos míos! Con demasiada razón obraría el brazo de Dios, si castigase esta tierra de crímenes! . . . Pero, no atendáis a nuestros crímenes, ¡oh justo Dios! «mirad la faz de vuestro Cristo,» ¡oh Dios misericordioso! mirad al altar y a la cruz, y detenad vuestros rayos, porque, ¿sobre qué punto del espacio y a qué hora del tiempo castigaríais a la tierra, sin encontrarla cubierta por la sangre de Jesucristo?

Ved cómo el santo sacrificio de la misa es la salvaguardia del mundo, tanto, que por él subsiste la tierra, por él tiene razón de ser y de durar, tanto, que el día en que la tierra deje de rendir a Dios, mediante la misa, el único tributo que le es grato, Dios la hará pedazos como a esos globos apagados que los sabios nos muestran deshechos y errantes por el espacio. Un día, al final de los tiempos, no sé dónde, ni cuándo, dirá su última misa el último sacerdote, rodeado de los últimos fieles que subsistan en el mundo; y cuando termine el sacrificio supremo, cuando pronuncie el sacerdote un adiós que será el último *Ite, missa est*: ¡oh, que la misa ha terminado! ¿ocurrirá lo mismo que cuando Jesús pronunció desde la cruz el *Consummatum est*. Se cubrirá el cielo, se oscurecerá el sol, temblará la tierra y re-

sucitarán los muertos. Será la resurrección final. Y, faltando desde entonces la misa, iremos a encontrarla de nuevo, gloriosa y feliz, donde la vio san Juan en su celestial aparición, en la eternidad.

MONSEÑOR BAUNARD

## DE NUESTRA ALMA UNIVERSIDAD

En un hermoso libro titulado: *Centenario de la Universidad de Antioquia* publicó el señor doctor Emilio Robledo la mayor parte de los bocetos de los rectores de la Universidad de Antioquia y ahora acaba de publicar el doctor Julio César García en Medellín un libro con el título *De nuestra alma Universidad* que contiene los bocetos biográficos de los rectores de este ilustre centro literario y científico que se llama Universidad de Antioquia. Como el doctor Robledo, historiador muy distinguido, ha escrito además otro libro titulado *Historia de la medicina de Antioquia* dejamos para otro día escribir sobre las obras muy interesantes de este ilustre médico y ex-gobernador del departamento de Caldas.

Julio César García es doctor en filosofía y letras del Colegio del Rosario y es uno de los escritores que hoy llaman más la atención por su estilo clásico y por su ilustración literaria; y que a pesar de ser muy joven, posee ya una erudición histórica que sin exageración podríamos calificar de admirable. Director del *Colombiano* de Medellín ha librado campañas políticas intensas y ha conseguido poner ese diario a la altura de los mejores del país, y no obstante el tener que dirigir un periódico como éste que requiere una labor constante e inteligente, su actividad le permite escribir un libro como el que acaba de publicar, lleno de datos